

Castro Pacheco, artista y ciudadano de Yucatán

Alvar Carrillo Gil

EL ARTISTA

Un día, no muy lejano, estaba en mi casa el gran pintor Diego Rivera cuando vio un pequeño cuadro de Castro Pacheco, **El Abrazo**, de aquella serie interesante de 1940-1942, una etapa del pintor que, para mí, pocas veces él ha superado, y me preguntó de quién era la obra; le contesté que era del joven pintor yucateco, y sin titubear me dijo: "Castro Pacheco es uno de los más talentosos artistas jóvenes de México, quizá el más talentoso". Cuando asentí en lo que afirmaba Rivera, me completó su opinión con una desconcertante y misteriosa afirmación: "es urgente devolver a Castro Pacheco a Yucatán y encerrarlo en las ruinas de Tulum para sacar de allí algo del arte inmortal de los mayas..." Nunca he olvidado estas palabras del gran muralista mexicano; se las conté a Castro Pacheco en aquella ocasión, y se las he reiterado muchas veces.

Alvar Carrillo Gil. Opichén, Yucatán, México. (1898-1974). Médico por la Universidad de Yucatán, especialización en pediatría por La Sorbona. Logró una extraordinaria colección de pinturas reunida en el museo de arte contemporáneo que lleva su nombre en la Ciudad de México.

Castro Pacheco es el artista más profundamente yucateco, el más auténtico valor plástico que ha dado nuestra tierra hasta hoy.

No es una herejía decir que nuestros artistas del pasado ni se hicieron en Yucatán, ni supieron o pudieron interpretar el alma de nuestra tierra, que guarda el pasado artístico inmenso de los mayas. Gamboa Guzmán en la pintura, Gabriel V. Gahona en el grabado, con ser grandes y consagrados artistas se educaron en Europa y vivieron desligados espiritualmente de su tierra nativa: Gamboa Guzmán se limitó a hacer estudios académicos de arte, y en Yucatán dejó unos cuantos buenos retratos de "sociedad", y algunos paisajes; era, sin duda, un buen pintor académico pero sin originalidad, no digamos genio como se ha afirmado... Picheta, por su parte, fue para su época un excelente y distinguido grabador en madera y en piedra, cuyo mérito más grande fue

Publicado en el *Suplemento Cultural del Diario del Sureste*, el sábado 20 de noviembre de 1954, año I, número 45, Mérida, Yucatán.



Desnudo, 1958. Litografía en negro, 50 x 40 cm.
Edición numerada 2/20. Firmado: a.i.d. (Castro)



el de ser un precursor de este tipo de arte en Yucatán; los asuntos que trató fueron de crítica social y política, y hubieran sido válidos en cualquier lugar o país del mundo, pero casi nunca se ocupó de las cosas de Yucatán...

Castro Pacheco ha sido y es otra cosa como artista: desde sus primeros dibujos, acuarelas y aguadas se inspiró en las cosas de su tierra nativa, en los aspectos espirituales y físicos de Yucatán. Desde su primera exposición de 1938, ya venía surgiendo de él esa obra con firmes raíces yucatecas, con escenas de la vida de nuestro pueblo y paisajes únicos del Mayab; en esa obra, ya se dejaba sentir esa esencia espiritual de lo yucateco que se marca en el esfuerzo, en la tenacidad y en el afán constante de superación. La obra de Castro Pacheco tiene todas esas virtudes.

En la exposición de 1941 en Mérida, Castro Pacheco presentó una serie de óleos pequeños —**La Jarana, Las Tortilleras, El Abrazo**— que no tienen antecedentes en el arte de Yucatán, ni han sido hasta ahora superados, en mi concepto, por el artista. Por esos años, produjo el pintor una serie interesantísima de acuarelas sobre costumbres y paisajes de Yucatán, trabajadas con fluidez, vigor y dinamismo, que ningún otro artista yucateco ha logrado igualar. En estas obras de tamaño menor casi todas, Castro Pacheco se distingue

por el dibujo de una firmeza y poder de expresión que solo tienen los artistas auténticos. El pintor se deja llevar, en su entusiasmo juvenil y espontáneo, por un colorido que solo se ve en Yucatán en los flamboyanes y en los crepúsculos maravillosos; pero, desde entonces, el artista sabía inhibir sus ímpetus y podía reconcentrarse en los colores de tierras y ocres profundos, como lo hizo en **El Abrazo** y **Las Tortilleras**, sus mejores de aquellos días.

Con este primer conjunto de obras pequeñas viene Castro Pacheco a México, alejándose físicamente de sus fuentes nativas de inspiración; aquellas cosas, primicias de un arte positivo, sin trucos ni sofisticaciones, con la frescura y la espontaneidad del arte verdadero, pasan a manos de hombres como Frederick Davis, que sabían apreciar la calidad de esas obras; muchas de ellas están en colecciones de México y del extranjero.

Castro Pacheco comienza una lucha abierta para abrirse paso en México, a base de disciplina y trabajo incesante: hace grabados para el Taller de Gráfica Popular, ilustraciones para los periódicos y libros, dibuja continuamente y realiza obras de caballete para exposiciones en México y el extranjero; por sus méritos es nombrado profesor de dibujo y después de pintura en la Academia de San Carlos y en la Escuela Esmeralda, de México. En toda esta obra



múltiple, a pesar de que el artista busca nuevos ambientes en el Valle del Mezquital, en Oaxaca, y en otras regiones de México, el espíritu del Mayab palpita en casi toda y domina una gran parte de la producción artística; se puede decir que el artista no es capaz de desprenderse de aquellas raíces lejanas, de aquellas vivencias raciales; algo así como ocurre con artistas auténticos como Chagall, que alejado por tantos años de sus viejos lares, está poseído por el espíritu nativo y no puede deshacerse de sus sueños y de sus visiones tutelares.

Es así como Castro Pacheco no puede vivir artísticamente sin el aliento del Mayab. En el curso de su ya copiosa producción, aquellas cosas de Yucatán que lleva imborrables en el subconsciente salen a la luz sin que el artista lo presienta: el indio maya esclavizado al henequén, las plataformas de las haciendas, la jarana, la vida recatada de las mujeres mayas, los cenotes misteriosos, las ruinas majestuosas y solitarias, los caminantes del Mayab, los tímidos venados... todos estos motivos viven en su pensamiento y salen a relucir en sus obras, aun en las más recientes.

Plásticamente, nadie que sepamos ha logrado como este artista expresar y captar las cosas del Mayab; Castro Pacheco tiene lo que distingue al artista plástico: sus figuras se mueven y dan la impresión táctil de que habla Berenson; tienen el espacio para

moverse con libertad y viven su propia vida. Cuando uno mira estas acuarelas y óleos antiguos de Castro Pacheco, recibe la impresión de que está en el ambiente del pintor, la evocación es completa y siente el espectador que el artista habla de lo que sabe y conoce a fondo: la vida de sus personajes y el teatro donde actúan. En las obras recientes del pintor, aún puede apreciarse íntegramente la calidad plástica del artista y su memoria intacta del Mayab.

El color en Castro Pacheco ha tenido variaciones insospechadas, como es lógico en un artista que estudia continuamente; se ha aclarado sin duda, se ha matizado, se ha hecho más sutil y delicado desde aquellas primeras obras de 1940, pero no dudo mucho en la elección de aquellas primeras obras en ocre y oscuros, de una espontaneidad completa; es claro que ahora Castro Pacheco tiene más recursos artísticos, pero, como ocurre con otros artistas, sus primeras cosas son más seductoras...

La línea de este artista sí ha mejorado indiscutiblemente; tiene ahora una firmeza y un vigor notables; los dibujos y grabados (**El Éxodo, Guerra de Castas, El Henequén, El Indio Maya** del cuento del Dr. Amaro y muchos otros) son de un artista gráfico poderoso, certero, contundente. En muchas ilustraciones para el libro del escritor Antonio Rodríguez **La nube estéril** y para las **Estampas de**

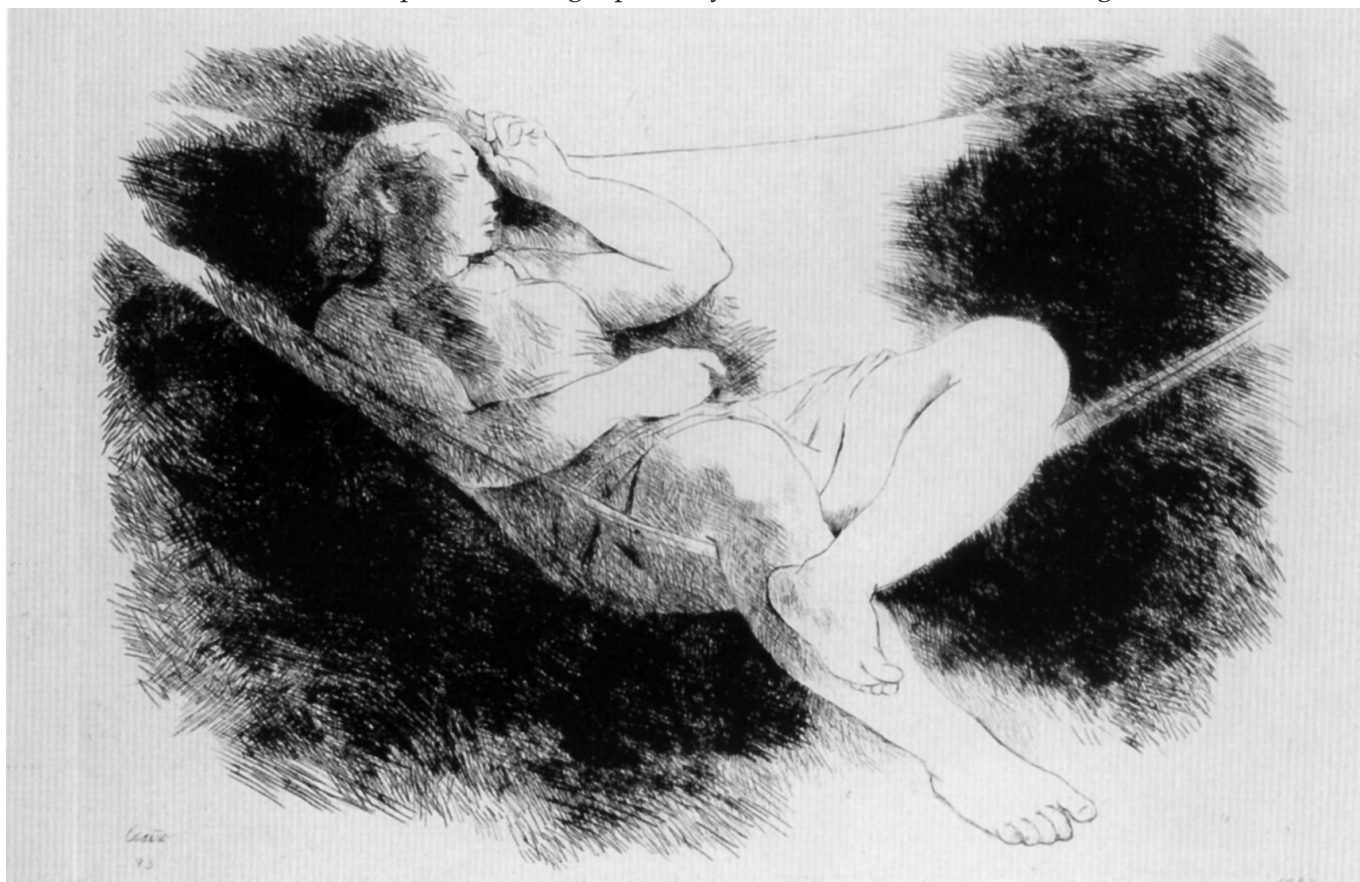
la Revolución y otras obras, Castro Pacheco da la nota de fuerza indiscutible de tensión y dinamismo, hasta donde puede darse en un dibujo...

EL CIUDADANO

Un día, no lejano, en que Yucatán fue sometido a la más deplorable imposición política, y un grupo de yucatecos organizaba la lucha contra aquella poderosa tiranía que oprimió a nuestra tierra, Castro Pacheco, que nada tenía que ganar y sí mucho que perder, ya que había sido llamado a trabajar unos murales en la Escuela de Medicina de Yucatán durante el gobierno del Prof. González Beytia, se presentó al grupo de yucatecos

ofreciendo su trabajo de artista grabador y dibujante para combatir con nosotros a los opresores de nuestra tierra. Él fue, sin duda, el alma de nuestra revista "Yucatán", con sus vigorosos dibujos, con sus grabados y sus caricaturas. Mientras que algunos artistas de Yucatán hacían entonces una exposición para "prestigiar" al gobierno espurio (señalemos la honrosa excepción de Xavier Batista, quien con valentía se enfrentó a la situación, y algunos otros artistas que se abstuvieron de participar), Castro Pacheco se mantuvo firme ofreciéndonos su material gráfico para nuestra publicación; además, ilustró con hermosos grabados el cuento

La hamaca, 1993
Grabado en punta seca sobre
placa de zinc
34 x 49.7 cm
Ediciones del autor: 1/50
Firmado: a.i.i. (Castro 93)






precioso del Dr. Amaro **Y acabó su camino con la muerte**, e ilustró también el extraordinario poema del Lic. Mediz Bolio **Mi tierra es mía**, que produjera una impresión tan honda y conmovedora en Yucatán.

Así demostraba Castro Pacheco su amor a nuestra tierra: ofreciendo su arte poderoso en defensa de los derechos de nuestro Estado. En las páginas de la revista "Yucatán", pueden verse aquellos dibujos, **La llavecita de oro, Así sucumbió el pueblo de Yucatán, Primero de julio de 1936, Yucatán humillado y vendido, Asesinato de don Serapio Rendón, El cepo, Tierra y libertad, El campesino muerto** y otros muchos, a más de caricaturas y dibujos sobre aquellos días penosos de Yucatán, que produjeron un verdadero impacto en nuestro pueblo y, aun, entre los lectores alejados de nuestra tierra.

Para Castro Pacheco esta lucha por Yucatán era un episodio nada más de su lucha a favor de la justicia y de la democracia; porque justo es decirlo: este artista, que salió de la masa del pueblo yucateco, ha sabido mantenerse con una firmeza insobornable. Así como en Yucatán realizó grabados sobre la Guerra de Castas justificando a los héroes mayas, después hizo grabados sobre la vida y la obra de Felipe Carrillo Puerto y realizó otros sobre la Revolución Mexicana. A Castro Pacheco se debe la alegoría del indio maya

crucificado sobre las púas del he-nequén. En esta actitud se ha conservado Castro Pacheco, sin hacer concesiones en su arte para medrar, como tantos artistas han hecho.

Este es mi concepto del artista y ciudadano Castro Pacheco de Yucatán. Creo que, por todo esto, nuestra tierra está en deuda con él. Pienso que es un deber hacer lo que esté de nuestra parte para reintegrarlo, aunque fuera por breve tiempo a sus originales fuentes artísticas: es necesario que Castro Pacheco vuelva a Yucatán a realizar algunas obras plásticas en los edificios públicos del Estado. El gobierno del Prof. González Beytia estuvo en tratos con el artista para que pintara en los muros de la nueva Escuela de Medicina; sería un acierto del gobierno actual del Prof. Mena Palomo refrendar aquellos tratos; él sabe que Castro Pacheco es un artista que ha podido expresar hondamente las cosas de Yucatán, pues lo he visto conmoverse ante aquel grabado del indio maya con que el artista ilustró el cuento del Dr. Amaro.

Por algo decía el maestro Diego Rivera aquellas palabras misteriosas y desconcertantes que hemos citado: para él, como para muchos que apreciamos el arte de Castro Pacheco, este artista es el más auténtico de Yucatán y es el que está llamado a exhumar algo del arte de los antiguos mayas. 

Mérida, s/f [1947]. Grabado de linóleo, en negro, 22.5 x 16.7 cm.
Copia única del autor. Sin firma

